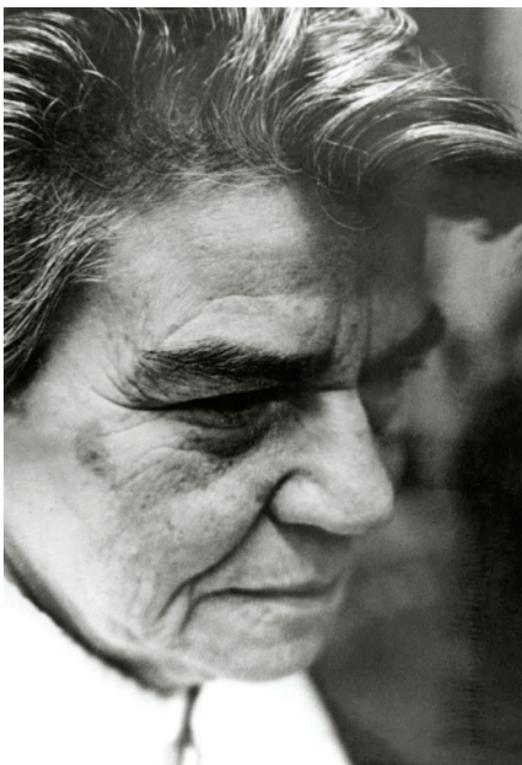


JOSEFINA VICENS

# El libro vacío

## Los años falsos





Fotografía: Archivo Conaculta-INBA-CNL.

Josefina Vicens (Villahermosa, Tabasco, 1911-Ciudad de México, 1988) estudió filosofía, letras e historia en la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue cronista de toros y editorialista política y desarrolló una larga carrera como guionista de cine. Publicó dos novelas: *El libro vacío* (1958), que le valió el Premio Xavier Villaurrutia y fue traducida al francés en 1963, y *Los años falsos* (1982).



LETRAS MEXICANAS

140

**El libro vacío**



**Los años falsos**



JOSEFINA VICENS

**El libro vacío**  
●  
**Los años falsos**

Prólogo de  
ALINE PETTERSSON



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

*El libro vacío*

Primera edición, Compañía General de Ediciones, 1958

Segunda edición, Ediciones Transición, 1978

*Los años falsos*

Primera edición, Martín Casillas Editores, 1982

Segunda edición, Martín Casillas Editores, 1985

*El libro vacío y Los años falsos*

Primera edición, UNAM, 1987

Primera edición, FCE, 2006

Undécima reimpresión, 2021

[Primera edición en libro electrónico, 2011]

---

Vicens, Josefina

El libro vacío. Los años falsos / Josefina Vicens ; pról. de Aline Pettersson — México : FCE, 2006

331 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Letras Mexicanas, 140)

ISBN 978-968-16-7895-1

1. Novela mexicana 2. Literatura mexicana – Siglo xx I. Pettersson, Aline, pról. II. Ser. III. t.

LC PQ7297

Dewey M863 V184l

---

D. R. © 2006, Herederos de Josefina Vicens Maldonado

D. R. © 2006, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-7895-1 (empastado)

ISBN 978-607-16-0778-2 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-4730-6 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

## ÍNDICE

*Prólogo,*  
por Aline Pettersson • 9

*El libro vacío* • 21

*Los años falsos* • 221



## PRÓLOGO

No usar la voz íntima sino el gran rumor

*El libro vacío*

Y eso hizo Josefina Vicens en su escritura y en su habla, prodigarse en un rumor envolvente y seco a la vez, sin el oropel de los adornos. Sin hacer alarde de su intimidad que sabiamente se reservó. Su caso es peculiar por las fechas de publicación de sus novelas: *El libro vacío* (1958) y *Los años falsos* (1982), entre las que media una gran distancia. Peculiar lo es por las actividades de su autora. Y por los años que han transcurrido hasta esta nueva edición del Fondo de Cultura Económica que yo celebro.

Cuando *El libro vacío* salió a la luz fue ampliamente comentado. Su temática se distanciaba de las búsquedas de ese entonces, muy ceñidas aún a ciertos tonos provincianos que empezaban a desvanecerse. ¿Y cómo no si *La región más transparente* se publica ese mismo año? Y los inmarcesibles libros de Juan Rulfo, si bien de corte rural,

su forma, desarrollo literario del habla y su trasposición del tiempo los eleva a un espacio que va a eximirlos de la etiqueta de costumbrismo. La mirada comenzó a extenderse por horizontes más vastos.

Lo que resulta sobresaliente en *El libro vacío* es su tema y tratamiento. El libro puede abordarse desde dos ángulos que, al complementarse uno con el otro, le otorgan enorme fuerza. Se puede hablar del personaje —José García, escritor frustrado—, quien no cesa en su intento por alcanzar la palabra, el cómo, la historia que quisiera narrar. Acosado por la fatalidad, obedece el mandato interior que lo martiriza de la primera a la última página del texto. Está conminado a escribir. Su vida insignificante de empleado de poco rango conmueve al lector, al reconocerse éste en sus reflexiones. La persistencia de su búsqueda es la piedra de Sísifo. Y pese a que la ciudad y sus costumbres se han modificado —y tanto—, al hurgar el libro en los entresijos de la naturaleza humana, inevitablemente los hacemos nuestros.

Sin embargo, detrás de la pluma torpe de José García se perfila la pluma espléndida de Josefina Vicens. Entonces, si se lee desde la propuesta de su autora, la novela se transforma, además, en una meditación —que rebasa al protagonis-

ta—: el oscuro acto de escribir, la escritura como personaje central, sin que por ello se descuiden los hilos de la trama sobre los ires y venires de García.

Muchos se han detenido a reflexionar acerca de la amenaza que representa la página en blanco, acerca de la urgencia para llenarla más allá de cualquier otra consideración. Se ha hablado también de la musa y el oficio y de su entrelazamiento para alcanzar el objetivo. Este asunto, que pudiera resultar árido, lejano quizá a las miras del lector, en *El libro vacío* se traduce en el desarrollo luminoso del relato, pero, asimismo, en la búsqueda inmisericorde para que quien tenga —en este caso— la novela entre las manos se apasione con ella y no la suelte. Éste es su gran mérito.

Y es que de los dos cuadernos de José García, el bueno, el que va ser pulido para ser publicado, no llegará a albergar ni una sola letra, mientras su propia vida irá transcurriendo con sus pequeños accidentes cotidianos. Pero el libro verdadero, éste que ha tomado cuerpo aquí, se despliega con el atractivo de una inteligencia que no se hace trampas y que hurga en las razones de vida y escritura. El qué contar y el cómo. ¿Qué es lo digno de ser dicho? ¿Cuál es la palabra que lo refleja?

Entre sus páginas se diseña lo que suele suce-

derle a quienes se asoman al acto de la escritura. Y lo que en un momento parece relevante, en otro muestra su ineficacia ante los mismos ojos de quien lo forja. Se trata —para Josefina Vicens— de una exploración alrededor del proceso de la creación en amplio. Pero se trata asimismo de la certeza —la de García, la de Vicens, la nuestra— de que no hay forma de esquivarla cuando, a veces, dicho impulso nos visita. El ansia que suele rondarnos en la búsqueda inevitable de trascendencia.

“Pues, ¿qué es lo que nos dice tu héroe, ese hombre que ‘nada tiene que decir’? Nos dice: ‘nada’, y esa nada —que es la de todos nosotros— se convierte, por el mero hecho de asumirla, en todo: en una afirmación de la solidaridad y fraternidad de los hombres.”

Tomo este fragmento de la carta de Octavio Paz que sirvió de prefacio a la segunda edición de *El libro vacío*. Y es precisamente eso lo que nos hace cómplices de su lectura. El vacío que nos habita y al que queremos darle la espalda, aunque estemos ciertos de que todos lo padecemos, de que el tránsito humano se acompaña primero de nuestra única verdad: la muerte, y después, de un deseo más allá de lo razonable: el buscar libranos de la estrechez de los límites de la vida.

En la época en que se hizo la novela estaba en auge el pensamiento existencialista que hablaba de la futilidad de la vida. Muchos años han pasado desde entonces, pero la vida contemporánea nos inclina a pensamientos similares. Y si *El libro vacío* nunca ha perdido vigencia, me parece que hoy menos que nunca, y así se irradia con perenne actualidad.

Josefina Vicens no tuvo estudios formales, su cultura fue producto de su ávida lectura, de su curiosidad insaciable, de su espíritu de lucha “fraterna”, diría Paz. Porque ella luchó, desde muy joven, en contra de la injusticia, y fue generosa para entregarse a los proyectos que se le presentaron, a los que dedicó tiempo y valor. Vicens fue una mujer arrojada en la palabra escrita y en el habla. Y si bien publicó sólo dos libros, su desempeño de luchadora fue constante. Lo hizo, por ejemplo, en favor de las mujeres, primero las campesinas, para luego extenderse en otras direcciones alrededor del trato desigual. Y ello la condujo a apoyar con entusiasmo el ingreso al mundo de las letras de nuevas escritoras. O lo hizo en la industria cinematográfica, o bregó en favor de la excelencia de las artes taurinas tan manchadas por las negociaciones turbias de los participantes.

Sí, Josefina Vicens —menuda como era— fue

cronista de toros, Pepe Faroles era su firma, y estuvo a punto de ser golpeada por un boxeador, amigo de un torero muy famoso, quien resintió sus comentarios adversos. Sorprende su interés en la fiesta taurina, que se explica por su obsesión con el acto de morir. Ahí —en la plaza— se da un enfrentamiento que ella resumía como “acto metafísico”. Fue, también, escritora de guiones cinematográficos y de política bajo el sobrenombre de Diógenes García.

Pero, en realidad, lo que aquí nos ocupa es su obra literaria y su deseo de explorar en los caminos de la libertad. José García está preso por su entorno de trabajo y familia, pero esa frustrada vocación suya de escritor lo lleva a perseguir un espacio más amplio para dejarse sentir, para sentirse ser.

Y si bien a veces la crítica se apoya en la biografía del autor y a veces la rechaza, a mí me parece que siempre estarán presentes los intersticios que forjan a quien escribe y que se asoman a partir de sus obsesiones. Aunque Josefina Vicens tuvo el buen gusto de no incurrir en lo que comenta Sergio Pitoll: “Novelar a secas la propia vida resulta, en la mayoría de los casos, una vulgaridad, una carencia de imaginación”.

Ella nunca se permitió tal salida, sin embar-

go no es posible borrarse del todo. Así, el placer mórbido de Vicens por la muerte va a permear *Los años falsos*. Aquí también el personaje central del relato será masculino. Pero mientras José García es un hombre maduro que se acerca a la vejez, Luis Alfonso es apenas un joven a quien la vida empuja a asumir una madurez impuesta por las circunstancias.

*Los años falsos* pone a la vista el mal endémico nacional: la corrupción y las componendas del poder. Su lectura lleva a pensar que con los cambios que el paso del tiempo imprime en la apariencia y matices de los políticos presentes en la novela, las cosas quedaron atrás. Pero esta lacra subsiste con triste perseverancia y el libro ilustra lo que nos ha rodeado y rodea. Todo se pudre: las relaciones se pudren, se pudren los huesos bajo la tumba, se pudre la conciencia.

Con la muerte del padre del joven Luis Alfonso, éste va a ser orillado por los amigos del difunto y por su propia familia a suplantarlo. A suplantarlo en las prebendas y hasta en el hecho de heredar la amante paterna. Y con el medio tono de su escritura, Vicens recorre las triquiñuelas que han ensombrecido la vida pública por tantas generaciones. Y si su primer libro tiene un corte intimista, *Los años falsos* despliega la ya pública descompo-

sición del sistema a principios de los años ochenta, cuando se publica.

Pero el libro no se detiene ahí, ya que, envuelto por el relato, la escritora hurga en los conflictos de la identidad, identidad que al personaje se le deshace. ¿Qué marca sus límites cuando tan fácilmente pueden alterarse los ejes que le dan coherencia a una vida? ¿Dónde empiezan y dónde se borran las fronteras del ser? ¿Es la identidad algo más que la apariencia? ¿Puede ser transferible como un título de propiedad? ¿Se puede aprender a ser otro?

Antes mencioné que en *Los años falsos* Josefina Vicens da cauce a su obsesión en torno a la muerte y a los panteones, mismos que ella visitó durante años buscando acercarse a un entendimiento del final. Y qué mejor forma para organizar el relato que frente a la tumba del padre. Ahí —durante la visita obsesiva del hijo— discurre la novela. Y ya que la muerte modifica y anula la vida de Luis Alfonso, bajo la sombra de la bugambilia, el lector va a ir conociendo los conflictos del personaje despojado de su calidad de hijo para convertirse en una especie de marido de su madre, padre de sus hermanas y amante real de la otra mujer de su progenitor. Sus propios deseos quedarán enterrados.

El manejo de las personas narrativas es muy interesante, el yo cambia de rostro, hay también un nosotros que abarca a hijo y padre al haberse extraviado los límites entre uno y otro. Josefina Vicens altera el cauce del tiempo, y será el muerto el verdaderamente vivo mientras el hijo quedará marchito dentro del sepulcro.

Tus amigos me han hecho de ti un retrato fiel: eras “el más macho de todos, el más atravesado y el más dispaador”. De no haber ocurrido ese accidente estúpido, pronto habrías “pisado fuerte y llegado muy alto”. Ahora yo tengo que hacerlo. ¿Por qué, papá?

El conflicto que se suscita con la suplantación despoja al joven de la individualidad de su existencia. Éste —como José García en *El libro vacío*— desea huir de las cadenas que lo sujetan a una vida que, en su caso, no es la propia. Vicens buscará de nuevo indagar en las barreras de la libertad. Y si bien ambas novelas van a ceñirse al planteamiento del relato y al tema de la libertad, a aquellos aconteceres que se narran, la escritura de Josefina Vicens invita a una reflexión mucho más ambiciosa.

La personalidad de Luis Alfonso, de tintes suaves y no brutales como los paternos, debe asu-

mir, además, otra de nuestras lacras culturales: el machismo, la violencia que toma por la fuerza lo que le es vedado. La pistola —causa de la muerte accidental del padre— llegará a las manos del hijo como símbolo de autoridad y como un emblema de lo fálico. Es decir, de las características viriles en su acepción más pedestre.

La libertad —sus límites— no ha sido ni será nunca clara. Se le añora, se le persigue, pero se sabe, también, que es inalcanzable. En *Los años falsos*, Josefina Vicens indaga alrededor de otro dique que la constriñe más aún: las imposiciones con las que la religión suele cercar al individuo. La familia de Luis Alfonso manifiesta una obediencia ciega a la fatalidad que la religión propicia. Y el libro va a concluir con un “amén” amargo del personaje vencido. La vida terrena y el engaño comparten su razón de ser con los rezos que diluyen cualquier otra opción. *Los años falsos* cobra hoy nuevo aliento. Y lo que del libro haya podido quedar fechado, por el tiempo de su escritura, se desvanece, las circunstancias actuales lo devuelven con toda su frescura brutal.

Lo hondo que Josefina Vicens se sumerge en sus novelas le permite a éstas adecuarse sin obstáculo a la época de quien las lea. Así, el lector no puede menos que admirar la agudeza de la autora

que le presenta asuntos donde el paso del tiempo radicará apenas en ciertas circunstancias externas bastante irrelevantes. En el fondo, aquello que preocupaba a Vicens no caduca. Es más espeso que la sombra de la enredadera de la tumba del padre y más acuciante que la necesidad de José García en su empeño por expresar sus experiencias y su lenguaje.

Si algo enfatizó siempre ella fue la certeza de que la pasión debe acompañar los actos que se emprenden. Pasión que manifestó no sólo en sus actividades profesionales, sino también en su mirada interior, en su capacidad para observar las cosas nimias que en su escritura cobran sentido y altura.

Y es por eso, porque más allá de hechos concretos, su pensamiento merodeó tanto en la vida y sus gozos y trampas, como en la muerte, que le fue posible hablar de lo que nos atañe a todos. Es decir, al situarse en las encrucijadas vitales, dejó dos libros que viajan por la complejidad humana. A través de su lectura se nos despliega una forma intensa, audaz, para dejar en el papel aquel “gran rumor” que permea las dudas de la especie. Vicens no ofrece respuestas, lo que hace es obligarnos a pensar al tiempo que disfrutamos el recorrido por los tonos desnudos que la singularizaron.

Y si *El libro vacío* se asoma a la intimidad más secreta de su personaje, *Los años falsos* se apoya en los acontecimientos externos que van a poner en entredicho la propia identidad. Finalmente somos ese interior individual y somos, asimismo, el producto de los sucesos exteriores que nos marcan indefectiblemente.

En su momento, el primer libro recibió la tercera emisión del premio “Xavier Villaurrutia”, después de Juan Rulfo y Octavio Paz, y el segundo, el “Juchimán de Plata”. Ambos fueron traducidos al inglés y, en el caso de *El libro vacío*, previamente también al francés.

La publicación de este volumen es un acontecimiento para las letras mexicanas. Una merecida recuperación de una obra que debió estar siempre al alcance de la mano. Las reflexiones de Josefina Vicens siguen siendo las nuestras.

ALINE PETTERSSON

*25 de febrero de 2006*

EL LIBRO VACÍO

(1958)



*A quien vive en silencio,  
dedico estas páginas,  
silenciosamente.*



NO HE querido hacerlo. Me he resistido durante veinte años. Veinte años de oír: “tienes que hacerlo..., tienes que hacerlo”. De oírlo de mí mismo. Pero no de ese yo que lo entiende y lo padece y lo rechaza. No; del otro, del subterráneo, de ese que fermenta en mí con un extraño hervor.

Lo digo sinceramente. Créanme. Es verdad. Además, lo explicaré con sencillez. Es la única forma de hacérmelo perdonar. Pero antes, que se entienda bien esto: uso la palabra perdonar en el mismo sentido que la usaría un fruto cuando inevitablemente, a pesar de sí mismo, se pudriera. Él sabría que era una transformación inexorable. De todos modos, creo yo, se avergonzaría un poco de su estado; de haber llegado, cierto que sin impurezas originales, a una especie de impureza final. Es algo semejante, muy semejante.

Al decir “hacérmelo perdonar”, me refiero al resultado, pero no al tránsito, no al recorrido. Hay algo independiente y poderoso que actúa dentro de mí, vigilado por mí, contenido por mí, pero

nunca vencido. Es como ser dos. Dos que dan vueltas constantemente, persiguiéndose. Pero, a veces me he preguntado: ¿quién a quién? Llega a perderse todo sentido. Lo único que preocupa es que no se alcancen. Sin embargo debe haber ocurrido ya, porque aquí estoy, haciéndolo.

¡Ah, quisiera poder explicar lo patético de este enlace! No sé si es esta mitad de mí, ésta con la que creo contar todavía, ésta con la que hablo, la que, agotada, se ha sometido a la otra para que todo acabe de una vez, o si es la otra, ésa que rechazo y hostigo, ésa contra la que he luchado durante tanto tiempo, la que por fin se yergue victoriosa.

No sé; de todos modos es una derrota. Pero tal vez una derrota buscada, hasta anhelada. ¿Cómo voy a saberlo ya? Sé que solamente bastaría un momento, éste, o éste, o éste... cualquier momento. Pero ya han pasado varios; ya han pasado los que gasté en decir que podrían ser los finales. Bastaría con no escribir una palabra más, ni una más... y yo habría vencido.

Bueno, no yo, no yo totalmente; pero sí esa mitad de mí que siento a mi espalda, ahora mismo, vigilándome, en espera de que yo ponga la última palabra; viendo cómo voy alargando la explicación de la forma en que podría vencer,

cuando sé perfectamente que el explicar esa forma es lo que me derrota.

No escribir. Nada más. No escribir. Ésa es la fórmula. Y levantarme ahora mismo, lavarme las manos y huir. ¿Por qué digo huir? Simplemente irme. Tengo que ser sencillo. Debo irme. Así no tengo que explicar nada. Debo poner un punto y levantarme. Nada más. Un punto común y corriente, que no parezca el último. Disfrazar el punto final. Sí, eso es. Aquí.

Eso es, pero ¿para quién? Deseo aclarar esto. (Es sólo un pequeño, momentáneo retorno, después me iré.) Yo no quiero escribir. Pero quiero notar que no escribo y quiero que los demás lo noten también. Que sea un dejar de hacerlo, no un no hacerlo. Parece lo mismo, ya sé que parece lo mismo. ¡Es desesperante! Sin embargo, sé que no es igual. Por lo contrario, sé que es absolutamente distinto, terriblemente distinto. Porque el dejar de hacerlo quiere decir haber caído y, no obstante, haber salido de ello. Es la verdadera victoria. El no hacerlo es una victoria demasiado grande, sin lucha, sin heridas.

¡Ahí está otra vez! Es lo que pasa siempre. Después de escrita una cosa, o hasta cuando la estoy escribiendo, se empieza a transformar y me va dejando desnudo. Ahora pienso que lo impor-

tante, lo valioso sería precisamente no hacerlo. Esa lucha, esas heridas de que hablé antes tan... ampulosamente, no son más que el escenario y el decorado de la actitud.

¿Para qué voy a emprender una batalla que quiero ganar, si de antemano sé que no emprendiéndola es como la gano?

Es mucho más fácil: sencillamente no escribir.

Pero entonces resulta que queda en la sombra, oculta para siempre, la decisión de no hacerlo. Y esa intención es la que me interesa esclarecer. Necesito decirlo. Empezaré confesando que ya he escrito algo. Algo igual a esto, explicando lo mismo. Perdonen. Tengo dos cuadernos. Uno de ellos dice, en alguna parte:

HOY HE comparado los dos cuadernos. Así no podré terminar nunca. Me obstino en escribir en éste lo que después, si considero que puede interesar, pasará al número dos, ya cernido y definitivo. Pero la verdad es que el cuaderno número dos está vacío y éste casi lleno de cosas inservibles. Creí que era más fácil. Pensé, cuando decidí usar este sistema, que cada tres o cuatro noches podría pasar al cuaderno dos una parte seleccionada de lo que hubiera escrito en éste, que llamo el número uno y que es una especie de pozo tolerante, bondadoso, en el que voy dejando caer todo lo que pienso, sin aliño y sin orden. Pero la preocupación es sacarlo después, poco a poco, recuperarlo y colocarlo, ya limpio y aderezado, en el cuaderno dos, que será el libro.

No; creo que no lo haré nunca.

Me sorprende poder escribir: “creo que no lo haré nunca”. Pero esta noche estoy tranquilo, sereno, resignado mansamente al fracaso. También me sorprende poder escribir la palabra

“mansamente”, aplicándola a mí mismo, porque la tenía reservada para mi madre. Pensaba: cuando yo la describa en alguna parte del libro, usaré varias veces el término “mansamente”. A costa de esa palabra tengo que revelarla. Para mí había preparado otras. Hoy no importa usar aquélla. Esta noche soy verídico. (No me gusta esta última palabra: es dura, parece de hierro, con un gancho en la punta. En el cuaderno dos la suprimiré.) Soy sincero. Esta noche soy sincero.

Sé que no podré escribir. Sé que el libro, si lo termino, será uno más entre los millones de libros que nadie comenta y nadie recuerda. A veces repito mi nombre: José García. Lo veo escrito en cada una de las páginas. Oigo a las gentes decir: “el libro de José García”. Sí, lo confieso. Hago esto con frecuencia y me gusta hacerlo. Pero de pronto, violentamente, se rompe todo.

¡Qué absurdo, Dios mío, qué absurdo! Si el libro no tiene eso, inefable, milagroso, que hace que una palabra común, oída mil veces, sorprenda y golpee; si cada página puede pasarse sin que la mano tiemble un poco; si las palabras no pueden sostenerse por sí mismas, sin los andamios del argumento; si la emoción sencilla, encontrada sin buscarla, no está presente en cada línea, ¿qué es un libro? ¿Quién es José García? ¿Quién

es ese José García que quiere escribir, que necesita escribir, que todas las noches se sienta esperanzado ante un cuaderno en blanco y se levanta jadeante, exhausto, después de haber escrito cuatro o cinco páginas en las que todo eso falta?

Hoy descanso. Hoy digo la verdad. No podré escribir jamás. ¿Por qué entonces esta necesidad imperiosa? Si yo lo sé bien: no soy más que un hombre mediano, con limitada capacidad, con una razonable ambición en todos los demás aspectos de la vida. Un hombre común, exactamente eso, un hombre igual a millones y millones de hombres. ¡Ah, quisiera que alguien me contestara! ¿Por qué entonces esta obsesión? ¿Por qué este dolor desajustado? ¿Por qué un libro no puede tener la misma alta medida que la necesidad de escribirlo? ¿Por qué habita esta espléndida urgencia en tan modesto, oscuro sitio?

Pensé que era fácil empezar. Abrí un cuaderno, comprado expresamente. Preparé un plan, hice una especie de esquema. Con letra de imprenta y números romanos, muy bien dibujados, puse: *CAPÍTULO I. — MI MADRE.* Pero inmediatamente sentí el temor. No, no puedo comenzar con eso. Parecería que como no tengo nada importante que decir empiezo por los primeros pasos, por el balbuceo. Pensarían que para

no caer me aferro a la falda de mi madre, como cuando era niño.

Así, para poder escribir algo, tuve que mentirme: escribo para mí, no para los demás, y por lo tanto puedo relatar lo que quiera: mi madre, mi infancia, mi parque, mi escuela. ¿Es que no puedo recordarlos? Los escribo para mí, para sentirlos cerca otra vez, para poseerlos. El niño, como el hombre, no posee más que aquello que inventa. Usa lo que existe, pero no lo posee. El niño todo lo hace al través de su involuntaria inocencia, como el hombre al través de su congénita ignorancia. La única forma de apoderarnos hondamente de los seres y de las cosas y de los ambientes que usamos es volviendo a ellos por el recuerdo, o inventándolos, al darles un nombre. ¿Qué sabía de mi madre cuando tenía yo nueve años? Que existía, solamente. “Mamá está durmiendo..., mamá ha salido.... mamá se va a enojar...” Éramos entonces demasiado reales, demasiado actuales para poder darnos cuenta de lo que éramos y de cómo éramos.

Pero claro, yo mentía deliberadamente. No escribo para mí. Se dice eso, pero en el fondo hay una necesidad de ser leído, de llegar lejos; hay un anhelo de frondosidad, de expansión. Entonces pensé que no podía usar situaciones y senti-

mientos personales que reducirían, que localizarían el interés. Y empezó la lucha por atrapar el concepto, la idea amplia, de entre el montón de paja acumulado en mi cuaderno número uno. Es lo difícil. Del párrafo anterior, por ejemplo, me gusta esto: “regresar, por el recuerdo, para poseer con mayor conciencia lo que comúnmente sólo usamos”. Pienso: ¡en torno a esto, en torno a esto hay que poner algo! Pero la frase se me queda así, seca, muerta, sin el calor que tiene cuando la empleo para justificarme.